

BENJAMIN VICUÑA MACKENNA

LOS
MEDICOS DE ANTAÑO
EN EL REINO DE CHILE,

LA CIENCIA, LA CARIDAD, LA BENEFICENCIA, LA
HIGIENE, LOS HOSPITALES, LOS ASILOS, LAS MARAVI-
LLAS Y LAS BARBARIDADES DE NUESTROS MAYORES
EN MATERIA DE MÉDICOS Y DE MEDICINA.

RESEÑA HISTÓRICA Y CRÍTICA QUE COMPRENDE
DESDE LA FUNDACIÓN DEL HOSPITAL DEL
SOCORRO (1556) HASTA EL ESTABLECIMIENTO
DEL TRIBUNAL DEL PROTOMEDICATO EN 27 DE
ABRIL DE 1830.

EDITORIAL DIFUSION S. A.
SANTO DOMINGO 1114 -:- SANTIAGO

*
* *

Vivían en este punto nuestras abuelas, sometidas a la dura ley y disciplina que aquella Isabel Bravo, que diera examen de obstetricia ante el ayuntamiento de Santiago, planteó para las esposas y las madres en el último tercio del siglo XVI. En esta parte no había un solo progreso que notar, porque la mujer es como la tierra, que por sí sola da a luz la flor y rompe el capuz del germen que presta lozana vida al roble y a la palma. Decían por esto que en vano habíase amputado un dedo el doctor Buston, —cirujano de los ejércitos de Napoleón y de los de Chile, hombre excelente, gordo como una partera, y alegre como una comadre, cuya respetable viuda vive todavía en Lampa haciendo grata memoria de sus buenas prendas.— Don Carlos Buston vivía todavía en 1844, según los almanaques de esa época.

*
* *

No creemos, sin embargo, que a pesar de su natural y aptitud, gozase de gran boga entre las damas de Santiago el partero don Carlos Buston. Como en Europa, y especialmente en Estados Unidos, cada familia tiene su dentista pagado por años que visita semanalmente todas las encías de la casa, desde el salón a la cocina, así cada tribu de Santiago estaba afiliada a una matro-

na predilecta. Poco importaba la ciencia con tal que fuera ciencia de hembra: había de ser además santiaquina, como la Góngora, porque así sabía cada cual en el aflictivo trance del alumbramiento, el dolor de la vecina, y con aflicción de otra, la congoja propia siempre es menos viva en el sexo femenino. Es la única cosa en que la moda no entra: por esto todavía en el bello sexo que puebla las ciudades de Chile y los suntuosos hogares de su capital, y por esto si hubo un día, hace treinta años, en que tomaron carta de ciudadanía y pagaron patente de matronas no menos de seis francesas, llamadas cautelosamente en su país *sages femmes*, y se instalaron éstas en lo que podría llamarse el barrio de *Saint Germain* de Santiago, hoy no queda sino una, y las demás son chilenas o italianas (1).

(1) En 1860 existían, en efecto, en Santiago las siguientes *sages femmes*, que habitaban con particularidad en la calle de Huérfanos (buen nombre para calle de parteras), en la de Monjitas y entre otras, Mme. María Luisa Bouquet, Mme. María Luisa de Charpentier (cuyas dos *Mariás Luisas* debían ser del tiempo del primer Imperio), Mme. Bernede, Mme. Laurent, Mme. Adela Dufour, y la más popular de todas, Mme. Clara Viellefon, hoy jubilada. En el día hállase apuntada en las listas del protomedicato una sola francesa, Mme. Isabel Martin. Pero en cambio, íguran tres italianas: Beatriz Piffareti, Enriqueta Tameran y la aristocrática Ossolina Piazza. ¡Hecho curioso! En dieciocho años no se ha aumentado el número de las matronas examinadas en Santiago, sin embargo de que los niños pululan como enjambres. En 1860 había treinta y tres de estas profesoras. Hoy hay una menos, y la que figura a la cabeza de la nómina, se llama todavía, como la primera matrona que examinó el cabildo, *Isabel*: Isabel Alfaro, matrona del Arenal.

*

* *

Pero el año de terrible sequedad que sobrevino en 1832, enlutó, como el del eclipse en 1804, muchos jóvenes tálamos; apagó el dulce aliento que perfuma las cunas medidas por las esperanzas de la vida, más dulces todavía, y el gobierno se resolvió al fin a imprimir a la enseñanza de la ciencia salvadora de la obstetricia una dirección científica. —Tal fué el origen del envío a Chile del más notable, desinteresado y humanitario de sus profesores.— el doctor Sazie, cuya memoria, si es una gratitud para todos los chilenos, debería ser un culto para la ciencia.

*

* *

Pero Sazie, si habría de encontrar, como encontró, un auxiliar propicio en la naturaleza siempre bienhechora de este suelo, sintió luego embarazado su camino de maestro por la tapia de adobones que se llama en nuestra tierra "la rutina". No hacía, a la verdad, sino una media docena de años que el distinguido doctor Blest, de cuyos eminentes servicios hablaremos en seguida, había sido tratado casi como un asesino por la aplicación del *secale* como benigno cooperativo de los partos, y desde que había corrido impresa una proclama de uno de los de la facultad, haciendo un llamamien-

to a todos los padres y a todos los esposos contra aquella sacrílega innovación. Y, sin embargo, —¡curioso contraste!— al propio tiempo dábase a luz un pliego de instrucciones para la operación cesárea, en la cual, por supuesto, lo que más presente se tenía era el bautizo del niño arrebatado por un tajo a las entrañas

Así fué que Santiago se cubrió de un sordo cuchicheo de horror cuando en voz baja, contábanse unos a otros, que el "doctor Salcid" había hecho desenterrar dos párvulos para enseñar el arte a lo vivo a sus discípulas, entre las cuales sentábase la primera la inolvidable Isidora Góngora, disputada por tres generaciones, y a la cual las más bellas y más románticas hijas de la luna, ofrecieron en centenares de ocasiones, como Latona a Anfitrite, aquella *cinta* de nueve varas de que nacieron Diana y Apolo, hijos de la luna en *cinta*.

Y lo peor de aquel caso era que el hecho había sido efectivo, según consta del siguiente documento que hemos extraído de los libros del cementerio y que publicamos por curioso, no obstante que su fecha sale algunos días adelante del cuadro en que hemos encerrado la presente narración. Dice así textualmente:

"Santiago, junio 12 de 1835.

"El profesor don Lorenzo Sazie, encargado de presidir la escuela de obstetricia, me ha expuesto que necesita para las lecciones prácticas que debe dar en la clase, dos cadáveres de niños recién nacidos o abortivos. Sírvase Ud., pues, dar las órdenes convenientes para

que se franqueen en el panteón general a las personas que dicho profesor comisione para recibirlos.

"Dios guarde a Ud.—JOAQUÍN TOCORNAL.

Al Director del panteón general" (1).

Algún mediano adelanto habíase alcanzado durante ciento cincuenta años! No era ya preciso ocurrir directamente al ayuntamiento para obtener el permiso de hacer, en presencia del alcalde, la anatomía de un cuerpo humano. Pero para proporcionar los tipos de un estudio diario e indispensable, hacíase forzoso dirigirse al Ministro del Interior, cuando era libre "velar los angelitos" por el estilo de los más remotos paganos; al paso que para analizar el cerebro de un sér humano, debía esperar la ciencia, como en tiempo de Varelio, que colgasen algún culpable de la horca.

Todo esto hace apenas cuarenta años que ha sucedido en Chile.

(1) Correspondencia inédita de la *Dirección del Cementerio General*, vol. II, pág. 103.

Poco después, esto es, el 19 de septiembre de 1835, ajusticiaron un criminal en Santiago, y el Dr. Sazié solicitó que le entregasen su cabeza para estudiar su frenología y su cráneo. Con este motivo el juez del crimen, don José Manuel Barros, puso un oficio en aquella fecha al administrador del cementerio, accediendo a la solicitud del médico recién llegado, a quien da el nombre de *Lorenzo José Salsid*. El administrador del cementerio, don Estanislao Portales, puso el cúmplase, escribiendo sólo *Salsi*, que si lo hubiese puesto el mayordomo de la huesa en aquella fecha (por la ortografía que de él conocemos), habría escapado bien don Lorenzo siendo transformado en *Salsifi*.